

# La Europa del 2051

*Qué cuatro futuros son los más probables para la Unión*

JAUME BADIA ~ LAIA JORBA ~ FRANCESC MORATA

Imaginar un futuro lejano permite desenredarse de los problemas inmediatos. Sin embargo, uno se enfrenta al dilema de realizar un ejercicio de prospectiva de escenarios verosímiles o una tarea especulativo-utópica cercana al deseo. Siendo “realistas”, aventurarse a predecir escenarios a tantos años vista es, cuando menos, temerario; basta recordar las transformaciones sufridas por Europa entre 1989 y el 2009, o entre 1914 y 1945. Casi solo nos queda “esperar lo imprevisible”, como dijera George Friedman en *Los próximos 100 años*.

Añadamos, parafraseando al periodista y politólogo polaco Josef Toffe, que la evolución europea se asemeja más al crecimiento caótico de un arrecife de coral que a un proyecto planificado: un crecimiento impredecible, complejo, sin causalidades claras y en el que cualquier acontecimiento puede modificar el rumbo del sistema. Entre estas variables cabría la posibilidad de que apareciera un líder carismático que, por fin, tuviera el don de hacer lo oportuno en el momento adecuado, como hicieron Spinelli, Kohl o Havel. Es también posible que sigamos esperando a Godot y que la lenta progresión europea se vea entorpecida por factores externos, incrementando el asincronismo entre Europa y el mundo que

**“La crisis ha hecho surgir un debate entre partidarios y detractores de la Unión Europea**

lleve a un posible derrumbe del sueño europeo.

Ante semejante incertidumbre sorprenden los planteamientos maniqueos: Europa será política o no será. Pocos se atreven a hablar de terceras vías o de proyectos alternativos. La crisis ha hecho resurgir un debate soterrado entre partidarios y detractores de la UE. Sin embargo, que haya debate significa que no hay respuestas evidentes, algo claro desde que la crisis financiera puso en entredicho incluso los fundamentos de la Unión Monetaria, considerada como el principal logro del proceso de integración.

Dibujar escenarios para dentro de cuatro décadas, con este incierto presente, es muy probable que nos acerque

más a la ficción que a la prospectiva razonada. El primer escenario –que no el más importante o ni siquiera más probable–, satisfaría a los euroescépticos: consideremos la desintegración de Europa, en un proceso paralelo al de la caída del bloque del Este a partir de 1989. El entramado europeo se desmontaría si se acentuara la dicotomía entre los países del norte, los “virtuosos” –aquellos que tienen grandes excedentes comerciales y de un sistema financiero un poco más sólido–, y los del sur –prisioneros del endeudamiento público y de un modelo de crecimiento insostenible.

En caso de agudizarse la crisis, el consenso sobre los beneficios mutuos de la Unión sería difícil de sostener. Ante la ausencia de un “*demos* europeo” cohesionador, las políticas redistributivas se pondrían en entredicho: es poco previsible que los contribuyentes del primer grupo estuviesen dispuestos a asumir los enormes costes que supondría el salvamiento de países como Italia, España u otros.

Un segundo escenario es el que apuntan los “realistas”, no por ser más verosímil sino por oposición al idealismo de aquellos que persisten en la idea original de la integración europea. El historiador Hubert Védrine, mano derecha de François Mitterrand en la década de los 90 y ministro francés de Asuntos Exteriores en el gobierno de Lionel Jospin (1997-2002), lo llama “pragmatismo”. Este pragmatismo realista o realismo pragmático centraría

sus esfuerzos en las políticas y acuerdos que tienen más probabilidades de funcionar de manera inmediata y que causen menos controversia, renunciando, en parte, a lo que la Unión Europea quiso ser en su infancia.

Sería el resultado de una apuesta por una Europa más “humilde”, que diseñe políticas comunes específicas y que dedique menos esfuerzos al proceso de integración política. En palabras de Helmut Schmidt, seguiría siendo una Europa de estados, sin degenerar en una confederación, en donde las instituciones europeas desempeñarían un papel marginal. Sin duda, este es el escenario menos imaginativo, puesto que es el que se impone en el corto plazo. Pero no tiene por qué ser el más probable, dado que, como señala Daniel Cohn-Bendit, el “club intergubernamental europeo” ya ha mostrado su ineficacia decisoria.

En tercer lugar, podríamos imaginar una “Europa a la Carta”, regionalizada, en la que los círculos de influencia y actividad no estuvieran centralizados, lo que reduciría el poder de las instituciones europeas centrales. La pertenencia a la UE se diseñaría a medida; cabrían incluso afiliaciones temporales, modificaciones de fronteras y estatutos especiales. La flexibilidad de estas estructuras y la diversidad de opciones podrían constituir el mayor activo de la UE en un mundo en constante proceso de cambio. No hay que confundir este escenario con el que define Mark Leonard al hablar de la “Europa asimétrica”, que divide la UE entre los componentes del núcleo central y los de la periferia en función del nivel de derechos. El peligro de este escenario es la posibilidad de una “Europa asimétrica”, tal y como anunciaba Mark Leonard, basada en la desigualdad de derechos entre los componentes del núcleo central (una eurozona reducida) y los de la periferia, que podrían ir aumentando con futuras ampliaciones. También habría que contar con posibles defecciones, por ejemplo el Reino Unido.

Finalmente, cabe mencionar el proyecto hugoliano de 1849 que Giscard d’Estaing retomó en el 2004:

**“La gran virtud de la ficción es mostrar utopías que hasta ahora eran inimaginables**



los Estados Unidos de Europa, un proyecto federal que impulsan políticos como Jacques Delors, Joschka Fisher y el Grupo “Altiero Spinelli” del Parlamento Europeo. Desde este punto de vista se ve la crisis como la oportunidad de avanzar hacia una Europa federal, siguiendo un modelo parecido al de Estados Unidos durante el siglo XIX. El horizonte federal se apunta en este modelo como la única posibilidad para dar respuestas a los retos financieros y económicos actuales: como se ha venido evidenciando a lo largo de los últimos meses, la coordinación de las políticas económicas nacionales no basta para afrontar los problemas que ya hace demasiado que duran. De alcanzar un escenario federal habríamos conseguido la integración fiscal y presupuestaria bajo la supervisión y el estímulo de la Comisión Europea (aunque es probable que los “intergubernamentalistas federales” preferirían encargar la tarea al presidente del eurogrupo); el presupuesto de la UE, alimentado con impuestos

supranacionales (por podríamejemplo, sobre las transacciones financieras y el consumo de energía), sería equivalente, como mínimo, al 5 por ciento del PIB europeo, lo que permitiría llevar a cabo políticas territoriales redistributivas e incentivar la investigación e innovación y el desarrollo económico consiguiente.

Esta Europa tendría una verdadera política exterior y de defensa; el requisito fundamental para esta Europa federal de mediados de siglo pasa por la reforma de las instituciones actuales: un Parlamento federal, compuesto de una Cámara de representación general dotada de poder de iniciativa, y de una Cámara de representación territorial con poder de veto sobre las decisiones más importantes; además, necesitaríamos un gobierno federal responsable ante la ciudadanía con un presidente elegido por sufragio universal o, cuanto menos, por una mayoría parlamentaria, y unos partidos políticos auténticamente europeos.

Por supuesto, no todos los Estados miembros actuales y los venideros formarían parte de esta Unión Federal, cuyos perfiles han definido recientemente con mayor ambición y precisión el verde Daniel Cohn-Bendit y el liberal Guy Verhofstadt. Lo que uno se plantea es cómo llegar a este escenario, qué pasos hay que recorrer para consolidar lo que parece más una utopía que un futuro inevitable. ¿Sin embargo, hasta qué punto hay que renunciar a lo que se soñaba? ¿Hasta qué punto tenemos la creatividad suficiente para proponer alternativas creativas que adapten el sueño a lo que tenemos actualmente sin renunciar a la “política”? Sin duda, estos ejercicios especulativos nos acercan a lo que veremos en el 2051, y uno u otro –o alguno diferente– lo veremos verificado en mayor o menor medida, mucho antes. La gran virtud de la ficción explicitada es, sin embargo, poner sobre la mesa utopías que hasta el momento parecían inimaginables, algo que no solo las hace un poco más verosímiles, sino también nos permite empezar a andar hacia horizontes lejanos, aunque estos se vayan transformando a medida que avanzamos. ▀